

Bibliotecas de “cualquiera” un acercamiento a los servicios de información y lectura para el siglo XXI

Abstract/Resumen:

Las bibliotecas han entrado en el nuevo milenio afrontando el reto de un cambio en los soportes y en la forma en la que se crea y circula la información. El mundo digital avanza y ya no solo es una realidad en el ámbito de la comunicación científica sino que invade el mundo del ocio y las diversas formas de expresión cultural. Aparentemente todo está en la red, en la nube. Aparentemente las materialidades se diluyen. Aparentemente ya no tiene sentido que haya instituciones encargadas de custodiar y procesar colecciones destinadas a ofrecer conocimiento. Aparentemente internet es de todos...

Sin embargo, si concedemos a las bibliotecas un papel social, una responsabilidad en la garantía de un derecho universal al aprendizaje y a la cultura, hoy más que nunca son necesarios espacios de encuentro. Las bibliotecas serán espacios colaborativos o no serán. Pero si no son, si las bibliotecas dejan de cumplir su papel democratizador, el futuro pasará por la renuncia a la igualdad de oportunidades para todas las personas.



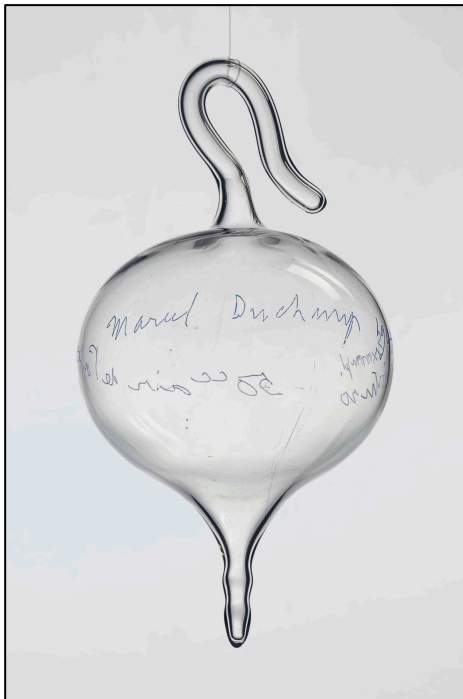
[Primera imagen. There is no fucking Future]

There is no fucking Future

Vivimos unos tiempos en los que lo raro sería no preguntarnos sobre el futuro. Ya sea para negar su posibilidad de existencia (el “no future” del punk sigue vibrando), para imaginarlo siniestro y desasosegante (las distopías siempre han estado ahí pero ahora viven un renacer popular y las series televisivas de éxito, como “El cuento de la criada” o “Black Mirror”, son un ejemplo) o quizá más raro, pero de todo hay, para imaginar un mundo redimido, salvado y recauchutado por las tecnologías o la espiritualidad, por ejemplo.

La modernidad nos inyectó en vena la imagen de que caminamos hacia el progreso y, por tanto, la idea de futuro. Ahora ese glorioso desfile hacia la mejora de la vida de los pueblos (enseguida las grandes palabras), esa carrera hacia una meta en la

que no todos partíamos de la misma línea de salida, está puesta en cuestión. Hay una crítica a lo que representan las explicaciones globales. Esas grandes visiones que anulan a las partes que no encajan en función de un “todo” que a muchas no nos representa. Especialmente porque “el todo” ha sido desenmascarado y ya no puede disfrazarse más de lo normal, lo mundial, la nación o el pueblo porque las diferentes olas de pensamiento y activismo feminista, postcolonial, y ecologista, entre otras formas de pensamiento crítico, lo han mostrado como lo que es: eurocentrista, blanco, heterosexual y mayoritariamente masculino. O sea, poca cosa en lo cuantitativo y discutible en lo cualitativo.



[Segunda imagen. El aire de París de Duchamp]

Todo se desvanece en el aire (de París)

No estamos para grandes discursos sobre el futuro, seamos bibliotecarias o neurocirujanas [aprovecho para decirles que utilizaré en mi charla el femenino genérico y lo haré, entre otras cosas, como forma de respeto por una profesión que en mi país, y en el suyo hasta donde yo sé, es mayoritariamente femenina]. Todas somos conscientes de que vivimos una época de cambios acelerados. Tan acelerados como el medio que ha adoptado la información (no sólo la científica) para crearse, difundirse y utilizarse. La información. En ella está una de las materias (graciosamente inmateriales) del trabajo bibliotecario aunque eso también tiene su discusión y, veremos más adelante, se podría argumentar que nosotras, las bibliotecarias, tenemos más compromiso con el conocimiento que con la información.

En todo caso, la circulación de la información, la creación de conocimiento y sus canales para compartirlo, están ya indisolublemente unidos a los ordenadores, las redes,

internet,
la nube...

La realidad, dicen, se ha vuelto líquida (Bauman dixit) pero a veces parece humo. Más que fluir como líquidos, que tienden a ocupar el espacio disponible, pareciera que nos disolvemos para volatilizarnos.

Aunque, tozuda la realidad, líquidos y aéreos se conjugan para que las personas acaben teniendo sufrimientos muy sólidos. La especulación financiera (no hay mayor volatilidad que esas transacciones que compran y venden incluso las consecuencias de lo que aún no se ha pagado: las deudas) tiene una materialización dramática cuando la gente pierde su casa, su trabajo, su derecho a la salud y a la educación, su posibilidad de calentarse, comer dignamente o acceder a la cultura.

Pero sin permanecer en esos terrenos, aunque ya les aviso que no entiendo las bibliotecas sin la consciencia de lo que transitamos, no me imagino qué profesión puede pensarse a sí misma en esta época sin inquietarse sobre su futuro.

La consolidación de internet como canal para la circulación de la información, las redes sociales como espacios virtuales para las relaciones entre las personas o las nuevas formas de acceder a las creaciones culturales y al consumo han afectado a todos los ámbitos de la sociedad. Ni la prensa, ni las empresas que ofrecen bienes y servicios, ni las discográficas, ni el mundo editorial son ajenos a estos cambios y lo mismo ocurre con la educación, la salud o el comercio para uso privado. Nuestro mundo ha entrado en una fase de “desmaterialización” que afecta a la manera en la que empresas e instituciones, y los profesionales asociados a ellas, vienen trabajando desde hace siglos.

A esta digitalización ya masiva e irrenunciable se suma el triunfo de las políticas neoliberales que dan legitimidad a una fase del capitalismo marcada por la deslocalización, la especulación, la explotación desmedida de la naturaleza y el desprecio por los derechos de las personas y del resto de seres vivos.

El paradigma actual estaría marcado por la supremacía de los intereses privados sobre los públicos. La imposición de un modelo de crecimiento que beneficia (económicamente) a una minoría frente a la degradación de las condiciones de vida de la mayoría de los habitantes del planeta. Bueno, la destrucción de la naturaleza acabará afectándonos a todas pero, de momento, vemos que se dibuja un mundo en el que hay países, comunidades y personas que son especialmente vulnerables.

Frente a esto, las bibliotecas, y las bibliotecarias, tienen razones para sentir que están en crisis y plantearse dudas sobre su futuro. En primer lugar porque históricamente su desarrollo ha estado basado en colecciones físicas, tangibles, que han sabido adquirirse, conservarse y someterse a un tratamiento técnico que permitiera su recuperación por parte de la comunidad lectora.

Pero también, porque las bibliotecas han experimentado su gran crecimiento durante el siglo XX como lugares abiertos a todo el mundo (sin distinciones de

edad, origen étnico, clase social, formación académica, identidad sexual o género) y con un componente fundamental: la gratuidad en los servicios.

En este mundo de virtualidades la profesión bibliotecaria aparece en algunas noticias (junto con las empleadas de banca, las zapateras remendonas o el personal de vuelo en los aviones) entre las que podrían desaparecer por los cambios en los hábitos de consumo que genera internet y el avance imparable de la robótica. A todas nos ha tocado más de una vez escuchar que si ya todo está en internet no necesitamos bibliotecas (ni personales ni públicas) para acceder a la lectura.



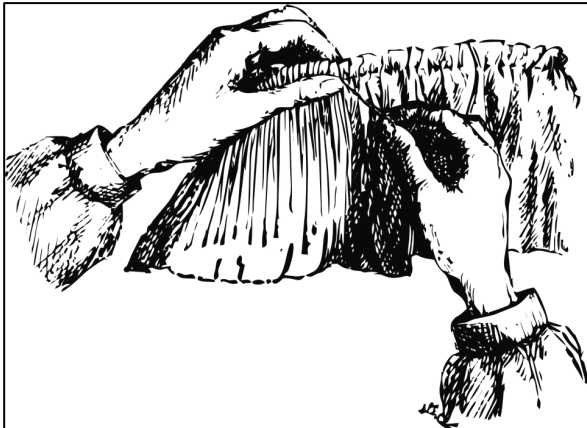
[Tercera imagen. Una tablilla mesopotámica]

¿Hacia dónde vamos viniendo de tan lejos?

Ya sabemos que bibliotecas ha habido siempre. Al menos desde que hay testimonios escritos que merecieran conservarse porque así lo decidieron las comunidades y, no nos engañemos, especialmente sus mandatarios. Nos ahorramos el largo, por otra parte fascinante, camino desde las tablillas mesopotámicas hasta la idea de biblioteca pública abierta a todo el mundo y pagada con fondos públicos, que nace tímidamente a finales del siglo XIX. Y lanzamos una tablilla, como si fuera de piedra dura, para que caiga en nuestro ahora. No tiemblen, la imaginación es siempre virtual y no vamos a romper nada.

Así que aquí estamos, en este mundo en el que tantas cosas hemos visto cambiar en nuestra corta vida (me refiero a corta en parámetros históricos y no digamos geológicos). Aterrizamos en medio de un panorama que permanece, paradójicamente, cambiante. El ahora es tan mutable que no hay respiro. No hay foto fija. “Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar” (Jorge Manrique dixit) pero fácilmente esos ríos pueden pasar a ser canalizados, dragados, detenidos en un pantano o lago artificial, entubados para desaparecer de la superficie de la tierra o evaporados para ser nube (que es lo más de lo más de la contemporaneidad). Pero no queremos hablar de lo contemporáneo, ni de la actualidad sino del futuro. Del futuro de las bibliotecas, del futuro de una profesión, la de bibliotecaria.

¿O será que el futuro no es sólo algo ligado a una temporalidad a lo que llegará a lo que está por venir? Nos puede dar por pensar, como Chus Martínez ¹, que el futuro “no es lo que va a pasar sino lo que vamos a hacer” («Cualquier práctica artística es el futuro. Entrevista a Chus Martínez», 2018) o incluso parafrasear el título de la entrevista en la que dijo eso, “Cualquier práctica artística es el futuro”, para decir que “cualquier práctica bibliotecaria es el futuro” porque no podemos imaginar el mundo sin las bibliotecas (aunque sean otra cosa diferente de lo que son ahora) del mismo modo que no podemos imaginar el mundo sin creaciones artísticas, sin escritura, sin lectura, sin cuidados, sin afectos o sin pájaros cantando al otro lado de la ventana.



[Cuarta imagen. Unas manos cosiendo. Las tecnologías del hacer]

Las Tecnologías del hacer

Vivimos en un mundo definido por lo que se siguen llamando “nuevas tecnologías” ². Es decir, toda una suerte de mezclas, de hardware y software, relacionadas con la información y la comunicación. Es verdad que cada poco tiempo hay nuevas aplicaciones, nuevos desarrollos, avances sobre cuestiones que nos acercan a un mundo cada vez más interconectado, más robotizado y más controlado.

El panorama es cambiante pero no podemos olvidar que las bibliotecarias no somos ajenas a los cambios tecnológicos. Las bibliotecarias, hay que decirlo, tienen mucha experiencia en la gestión de colecciones electrónicas y llevan décadas implicadas tanto en la creación de nuevos objetos digitales como en su tratamiento y puesta a disposición de las personas interesadas. Si la realidad está marcada por los ordenadores nosotras, como profesionales, también. Fuimos pioneras en incluir la computación en nuestro trabajo diario, también en lanzarnos a internet y en

¹ Chus Martínez (Ponteceso, A Coruña, 1972) es directora del Instituto de Arte de la FHNW Academy of Art and Design, en Basilea. Ha desempeñado importantes papeles como comisaria e investigadora en instituciones como el Museo del Barrio de Nueva York; MACBA de Barcelona, la Sala Rekalde de Bilbao, el Frankfurter Kunstverein, la Documenta de Kassel, las bienales de Venecia y São Paulo. Fue incluida en la lista de la revista Art Review como una de las cien personas más influyentes dentro del ámbito del arte contemporáneo, y es incluso un personaje literario en la novela Kassel no invita a la lógica, de Enrique Vila-Matas. Chus Martínez ha comisariado en ARCOMadrid 2018, junto con Rosa Lleó y Elise Lammer, un programa expositivo para la feria que gira en torno al concepto del futuro.

² A pesar de los vertiginosos cambios dos décadas no son suficientes para que las tecnologías dejen de ser nuevas. Todas envejecemos pero las tecnologías son siempre capullitos de alhelí.

estar presentes en las redes sociales. Las bibliotecas tienen una larga tradición en ser los lugares en los que la gente tuvo su primer contacto con los ordenadores y su manejo, el primer punto de acceso para navegar por internet, el lugar en el que aprendieron a procesar la información. Es difícil concebir una biblioteca sin ordenadores, sin una base de datos que sirva como catálogo o sin acceso a internet. No, en general, no somos las bibliotecarias alérgicas a la tecnología.

¡Y menos mal! Porque todos los informes sobre tendencias de futuro elaborados por asociaciones profesionales incluyen tecnologías, algunas de ellas muy nuevas. Es verdad que no sabemos el peso que puedan llegar a tener. Nuestra tarea es husmear, probar, conocer, contar lo que hay cuando alguien se muestra interesada, imaginar usos posibles... Pero sabiendo que algunos de nuestros experimentos no van a llegar a ninguna parte porque algo impedirá que esa tecnología concreta cuaje. Seguro que muchas de ustedes recuerdan aquellos años en los que las bibliotecas, también museos y otras instituciones culturales, compraron espacios en Second Life, crearon avatares y se lanzaron a esa experiencia de mundo virtual³. Second Life continua existiendo pero desconozco si hay alguna biblioteca del mundo real que siga activa allí. En todo caso su presencia en la literatura profesional ya no es muy significativa. Hice una búsqueda en Library Science Database el 6 de septiembre de 2018 y descubrí que solo se publicaron 300 artículos entre 2010 y 2018 que incluyeran "Second Life" en su contenido. En este año solamente aparecen 10 y ninguno lo trataba como tema principal.

Así que podemos ser víctimas de nuestro propio ímpetu proactivo estando como estamos a merced de modas, tendencias. Además las tecnologías son caras. Ni todos los países ni todas las bibliotecas pueden permitirse experimentar con según que tecnologías. Pero uno de los aspectos del futuro bibliotecario que me parecen más reseñables es la cooperación. Tanto a nivel nacional como internacional es innecesario que estemos todas haciendo lo mismo. Las posibilidades de saber qué está pasando y de compartir experiencias son cada vez mayores y debemos aprovecharlas.

Hay otro aspecto de la tecnología que no podemos pasar por alto: su importancia porque ofrece herramientas para el hacer. Las bibliotecas, eso sí que sí, son lugares de encuentro y van a seguir siéndolo. Ese estar la gente junta favorece el aprendizaje compartido, de igual a igual, o de diferente a diferente pero sin jerarquías preestablecidas. Y una forma muy buena de aprender es "haciendo", con la práctica. Me imagino las bibliotecas del futuro como laboratorios, talleres, makerspaces, en donde se pueda crear y experimentar no sólo con tecnologías sofisticadas sino con las tecnologías que tengamos a mano. El hilo y la aguja, las tijeras, una máquina de escribir antigua, una impresora 3D, un ordenador, una impresora en blanco y negro, un estudio de grabación o un escáner... Cualquiera de esas herramientas y las tecnologías que podamos desarrollar con ellas, nos sirven. Ninguna desmerece por ser más humilde o menos digital o más barata. En nuestra biblioteca, por ejemplo, organizamos talleres para crear fanzines o fotolibros y

³ Durante el trimestre de invierno de 2008 la UCLA ofreció un curso a sus estudiantes de grado, "Techniques and Issues in Information Access: Information Seeking in Second Life", que incluía la creación de avatares y la interacción en los espacios bibliotecarios de Second Life.

solemos incluir alguna sesión de “encuadernado urgente” en la que se aprende a realizar encuadernaciones japonesas cosidas. Para nosotras, en ese momento, el hilo y la aguja son las tecnologías requeridas.

Me gustaría hablarles, muy brevemente, de una biblioteca que está en el País Vasco y que, desde mi punto de vista, es una puerta hacia el futuro. Se llama Ubik y se subtitula “una biblioteca de creación”. Pertenece a un centro cultural, Tabakalera-Donostia, que está instalado en un antiguo edificio industrial, en pleno centro de la ciudad de San Sebastián. Como biblioteca Ubik es un artefacto tan potente que va más allá de ser la biblioteca de una institución concreta. Por otra parte, el edificio en el que se alojan Tabakalera y Ubik es enorme y eso permite que compartan espacio con otras instituciones culturales: la sede del Festival de Cine de San Sebastián, una de las sedes de la Filmoteca Vasca, un Centro Cultural de la Kutxa, la Escuela de Cine Elías Querejeta y el Instituto Vasco Etxepare. Todo ello conforma un gran espacio de cultura con áreas para el descanso, cafés, tiendas y una librería.

Este año, en el mes de abril, tuve una residencia de una semana en Ubik. Mi experiencia está contada en el blog de los bibliotecarios de la Biblioteca de la UCM (Pérez Iglesias, 2018) pero quiero compartir aquí algunos aspectos que me parece que son de futuro para todas las bibliotecas.

En primer lugar Ubik es una biblioteca especializada, en arte y cultura contemporánea, pero abierta a todo tipo de públicos. Además, no hay espacios ni colecciones separadas en función de la edad.

Ubik cuenta con un acervo muy importante de libros y revistas (la mayoría en formato papel), todos en libre acceso, pero en sus salas hay todo tipo de artefactos, instrumentos musicales, pantallas, ordenadores... Una cosa que me resulta especialmente interesante es que los talleres no se realizan en espacios cerrados sino que están en medio de las diferentes salas, cualquiera puede acercarse y enterarse de lo que allí ocurre.

También quiero destacar que muchas de las personas que trabajan en Ubik no son bibliotecarias, son expertas en creación y edición de piezas sonoras, de videojuegos, son editoras de fanzines, artistas o fanáticas de la música. Están allí, en las salas de la biblioteca, porque cualquiera puede solicitar su ayuda para crear algo o apuntarse a la programación que se ofrece semanalmente de martes a domingo.

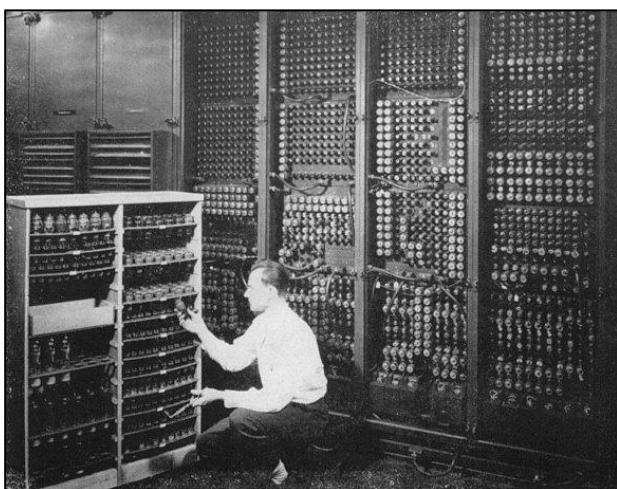
Son muchas las cosas interesantes que se hacen allí pero en esta descripción tenemos algunos aspectos que, yo creo, marcarán el futuro de las bibliotecas: lugares de encuentro; lugares de creación; espacios abiertos a todo el mundo; libros pero también otras herramientas de aprendizaje; bibliotecarias pero también otras profesionales trabajando mano a mano; tecnologías sí pero con un sentido y sin deslumbrarse siempre por lo último o lo más caro o lo más virtual.

Ubik sigue siendo un lugar al que acudir, un tercer lugar, tal como lo define Mathilde Servet:

El tercer lugar, un concepto acuñado en la década de 1980 por Ray Oldenburg, profesor emérito de sociología urbana en la Universidad de Pensacola en Florida, se distingue del primer lugar, la esfera de la casa, y del segundo lugar, el ámbito del trabajo. Se entiende como un espacio complementario dedicado a la vida social de la comunidad, y se refiere a las zonas donde la gente puede encontrarse, reunirse e interrelacionarse de manera informal.

Oldenburg insiste en la necesidad del tercer lugar y lamenta su declive después de la Segunda Guerra Mundial, con el desarrollo de los “suburbios del automóvil”, la expansión suburbana americana sin epicentro real, donde el uso diario del coche regula la vida y aleja a las personas entre sí. Estas nuevas configuraciones urbanas hacen implosionar los viejos rituales sociales que se celebraban en la iglesia, el mercado o en los comercios cercanos. La individualización de los estilos de vida ha llevado a la extinción del vínculo social. (2012)

Esos terceros lugares muy bien pueden ser las bibliotecas a donde la gente acude no solamente a buscar lecturas, o a leer allí, sino a participar en diferentes activaciones lectoras o a crear actividades ellas mismas.



[Quinta imagen. Un ordenador antiguo]

Tecnologías vendo que para mí no tengo

Pero volvamos a las tecnologías. Las tendencias de futuro, según la American Library Association (ALA), expresadas a través del Center for the Future of Libraries (SBIRES, 2014), muestran un surtido de tecnologías, y varios asuntos ligados a ellas, que marcarán el porvenir y en las que algunas bibliotecas de los Estados Unidos, y de otras partes del mundo, ya están involucradas ⁴. En su página

⁴ Mientras yo estoy aquí, en Argentina, dos compañeras de la Biblioteca de Bellas Artes (Amelia y Laura) asistirán a una jornada, organizada por SEDIC (<https://www.sedic.es/>) en el Instituto Goethe de Madrid, sobre realidad virtual y bibliotecas (aplicado a La Metamorfosis de Kafka). No tenemos pensado comprar un kit de realidad virtual pasado mañana pero tenemos curiosidad y queremos saber qué campos se abren para el entretenimiento y también para el conocimiento.

web⁵, muy recomendable, analizan cuestiones como el anonimato, la identidad digital, los drones, la realidad virtual, la gamificación, la filosofía maker, los nativos digitales, los big data, internet de las cosas... Todas estas cuestiones se analizan como realidades presentes que van a marcar nuestro futuro y, muy importante, se comparten experiencias de bibliotecas que ya están trabajando en esa línea.

En cuestión de tecnologías e innovación no podemos olvidarnos de la Association of Colleges & Research Libraries (ACRL) que cada año publica un informe de tendencias. En el último publicado (ACRL Research Palnning and Review Committee, 2018) aparecen como líneas de futuro muchas cuestiones tecnológicas, o relacionadas con las tecnologías, como son las “fake news” (asociadas a los nuevos canales de comunicación y relacionadas con la “alfabetización informacional”⁶) los datos de investigación, el acceso abierto al conocimiento...

Y en cuestión de tendencias de futuro, pensando en todo tipo de bibliotecas, están los informes que elabora la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios y Bibliotecas (IFLA por sus siglas en inglés)⁷. Aquí también se insiste en lo tecnológico y en los retos, oportunidades y amenazas, que supone internet. Se destaca una gran preocupación por una era digital, que el informe define como oscura, en donde las grandes corporaciones pueden llegar a tener demasiado poder, los accesos pueden estar más limitados y las informaciones pueden manipularse con cada vez más facilidad. En fin, un futuro distópico para el que no necesitamos echar mucha imaginación porque, se podría decir, estamos en ello. Lo interesante de este informe («IFLA Trend Report -- Update 2018», 2018) es que se hace preguntas sobre qué pueden ofrecer las bibliotecas ante este futuro y propone algunas vías de acción.

La IFLA habla de una era digital oscura pero esta inflación informativa, la infoxicación que padecemos con internet, me hace recordar ese exceso de luz del que habla Didi-Huberman en su libro *Supervivencia de las luciérnagas*.

En nuestro mundo el peligro no viene necesariamente de la oscuridad sino de los fogonazos que se agitan triunfalmente bajo los haces de la gran luz (Didi-

En otra línea, la mayor parte de las bibliotecas universitarias están empezando a trabajar, o se han planteado hacerlo, con la gran cantidad de datos utilizados en la investigación para que estén disponibles siguiendo la filosofía open Access.

⁵ <http://www.ala.org/tools/future>

⁶ Information literacy, alfabetización informacional o ALFIN en español, no deja de ser un término un poco pretencioso y prepotente. Es como si las bibliotecarias fuéramos las únicas alfabetizadas y nuestros públicos llegaran a nosotras carentes de habilidades lectoescritoras. Ahora bien, es una terminología muy impuesta en la profesión y se refiere al papel educativo de las bibliotecas en todo lo que se refiere a buscar, gestionar y utilizar la información. Por otra parte, eso va unido, en la actualidad, a una formación “informática”. En todo caso, no olvidemos que ni la alfabetización se reduce a leer y a escribir ni esas habilidades se aprenden sólo en la escuela. Nos alfabetizamos a lo largo de la vida antes de ir a la escuela, durante, después e la universidad e incluso después de habernos convertido en profesionales competentes de lo que sea.

⁷ La IFLA es el principal organismo internacional que representa los intereses de los usuarios, de los servicios bibliotecarios y de documentación. Es el portavoz a nivel mundial de los profesionales de las bibliotecas y la documentación.

Fundada en Edimburgo, Escocia, en un congreso internacional, celebró su 90º aniversario en 2017. En la actualidad, cuenta con 1.400 miembros de 140 países de todo el mundo. En 1971 la IFLA se formalizó como asociación en los Países Bajos. La Biblioteca Real (La Biblioteca Nacional de los Países Bajos), en La Haya, proporciona desinteresadamente el espacio donde se ubica su sede.

Huberman habla de la televisión pero ahora serían más bien internet y los grandes monopolios de la comunicación), mientras que los pueblos sin poder vagan por la oscuridad como luciérnagas.

Pier Paolo Pasolini (1975) pensó esta relación y expresó su desesperación en un texto sobre la desaparición de las luciérnagas que publicó el mismo año de su asesinato. Pero quizá las luciérnagas sigan ahí y sólo hayan desaparecido de la vista de quienes están demasiado expuestos al exceso de luz. Porque las luciérnagas se vuelven invisibles bajo las luces potentes, necesitan la noche, los cielos despejados sobre el campo sin farolas. Se trata de seguir la lección de Walter Benjamin, para quien el declive no es desaparición. Hay que "organizar el pesimismo" decía Benjamin (Didi-Huberman, 2012).

Quizá un futuro para las bibliotecas, y para las bibliotecarias, sea funcionar como protecciones para el exceso de luz, como refugio para las luciérnagas y para quienes desean mirar y ver de otra manera. También es una tarea bibliotecaria con futuro ayudar a las personas a manejarse con esa cantidad ingente de información que crece cada día. No podemos catalogar internet, cada una de las páginas que componen la red, pero podemos ayudar a fomentar el espíritu crítico y enseñar a evaluar la información que nos llega.

Las tecnologías marcan nuestro presente y nos descubren caminos que no nos vamos a negar a transitar porque, insisto, las bibliotecarias no somos contrarias a las tecnologías, no nos aferramos al libro impreso, ni reducimos nuestras actividades a la lectura. Hace ya mucho que en las bibliotecas entraron otros usos, otras maneras de llegar a la cultura, otras formas de aprendizaje.

Pienso, a raíz de esto, en lo que aprendí de las señoras que se ocupan de la Biblioteca Popular Laura Vicuña, en Paraná, que se fundó en 1999 con la idea de acercar la lectura a su comunidad. Conocí su testimonio, y el de otras bibliotecas populares argentinas, por una película *Civiles. Bibliotecas habladas* de la artista, profesora e investigadora Lila Insúa y del fotógrafo Nacho Plaza (2013).

Estas mujeres, bibliotecarias de facto, se preocuparon por crear una colección de libros y otros materiales bibliográficos pero también supieron responder a las necesidades de su público recogiendo y poniendo a punto ropa y zapatillas deportivas para aquellos chicos que se acercaban a la biblioteca y casi no tenían qué ponerse para vestir. Esas tecnologías (para lavar, arreglar, distribuir) son profundamente bibliotecarias porque devuelven dignidad a quien se sentía apartado y desposeído. Tenemos un compromiso con la educación, la cultura, el conocimiento y vemos la lectura y la escritura como herramientas para lograr la igualdad en el acceso a todos esos bienes intangibles. Pero todos esos derechos (saber leer y escribir, estudiar, disfrutar de las creaciones artísticas) son importantes porque ayudan a que cada persona pueda ser un poco más dueña de su vida. Sirven para que todas podamos sentirnos valoradas, para ejercer otros derechos más tangibles e interactuar con nuestras vecinas (locales) y nuestras conciudadanas (planetarias) de igual a igual. Quienes llegaban allí, a esa biblioteca de Paraná, con el calzado estropeado y la ropa rota, recibían su primera activación cultural con la posibilidad de ponerse unas zapatillas limpias, casi nuevas, dignas.

educación superior devuelvan a la sociedad la gran inversión que todas hacemos al sufragarlas.

Así que, en el futuro bibliotecario que imagino, no hay unas bibliotecas más importantes que otras, ni unas necesidades de información, deseos de saber, o personas lectoras, más importantes que otras. Siempre he entendido los servicios públicos de lectura como una gran red de bibliotecas de todo tipo conectadas entre sí y abiertas a cualquiera. Precisamente, las tecnologías permiten que esto sea así de manera virtual (compartiendo servicios y colecciones digitales) pero como no concibo un mundo solo virtual creo que los espacios físicos también deben estar abiertos para todas.

En la Biblioteca en la que trabajo no recibimos niñas a diario⁸. Pero hay un día al año, al comienzo del verano, cuando las clases han terminado, en el que abrimos las salas al público infantil que tiene relación con la comunidad, con estudiantes o empleadas de la Facultad. Cada año diseñamos una actividad distinta, entre otras cosas porque muchas asistentes repiten de una vez a otra, pero siempre hay elementos comunes. A partir de un tema (qué quieren ser de mayores, por ejemplo) creamos una actividad en la que utilizamos algunos espacios de la biblioteca y parte de nuestras colecciones. La última vez, este pasado junio, hicimos un taller que se titulaba “No nos da la gana” y estuvimos viendo con las niñas asistentes una selección de documentos (libros, revistas, carteles, fotos) que trataban sobre el uso de la caligrafía para crear carteles de protesta. En el taller trabajamos sobre qué cosas les parecían mal o no les gustaban o sobre las que querían quejarse. Luego vimos la manera de trasladar eso a un eslogan y cada una lo materializó en un cartel. El final de la actividad consistió en una manifestación que recorrió toda la Facultad gritando las consignas de todas mientras cada una llevaba su pancarta en la mano. Ahora mismo estas sesiones van dirigidas, como os decía, a niñas y niños que tengan relación con la Facultad pero nuestra idea de futuro es que se puedan abrir a toda la universidad para luego ofertarla a toda la ciudad. Para nosotras, diseñar una actividad para ese público infantil supone mirar las colecciones, los espacios, y nuestras capacidades para mostrar y transmitir, de una manera distinta. Supone también la necesidad de buscar colaboraciones externas con otras personas que no son bibliotecarias: artistas, mediadoras culturales, especialistas en dinamización infantil. Es una experiencia de la que siempre aprendemos.

Os cuento este detalle tan local de nuestra biblioteca para ilustrar cómo veo ese futuro bibliotecario con instituciones interconectadas entre ellas, compartiendo públicos, abiertas a otras comunidades, en colaboración con profesionales e instituciones de otros ámbitos y arriesgadas en sus planteamientos.

⁸ Las únicas que llegan habitualmente son bebés que no pueden separarse de sus madres durante el tiempo que ellas acuden a visitarnos.



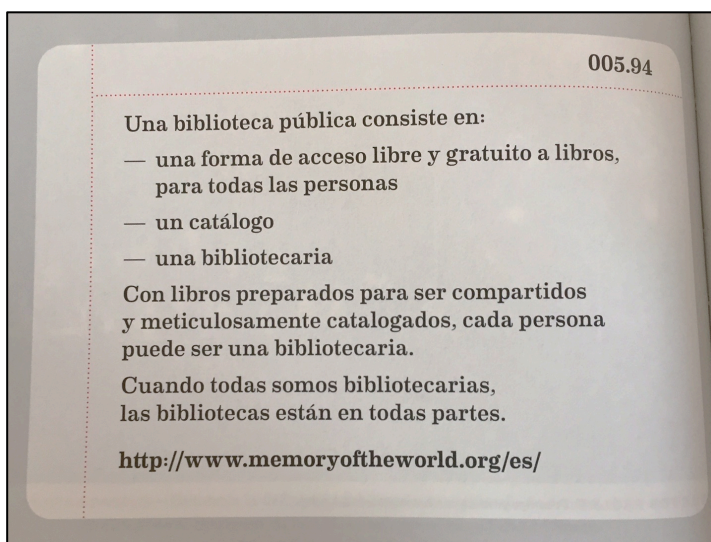
[Sexta Imagen “No hay 2 postres”]

No hay postre si no pagas el menú

Antes me he referido al avance en la privatización de los servicios públicos y a que cada vez es más común que se pidan contraprestaciones económicas por su uso. Hay una mercantilización de todos los órdenes de la vida, incluyendo la educación y el acceso al conocimiento.

En eso las bibliotecas también tienen su experiencia porque el pago por los servicios ha entrado ya en nuestro mundo. Lo mismo que nos hemos adaptado a las tecnologías (a la vida en la nube) parece que nos vamos adaptando a que no hay postre si no pagas el menú y a que solo tenemos derecho a un postre y no a dos. Salvo que pagues. Muchas bibliotecas públicas mantienen unos servicios mínimos de acceso universal, o la gratuidad para los menores de edad, pero solicitan pagos por servicios avanzados o incluyen mejoras para quienes pagan.

La tendencia actual, con el neoliberalismo impuesto como verdad única, anima, en general, a las privatizaciones y a que los costes de los servicios públicos recaigan en el usuario final. Hay quien piensa que esa es la única manera de garantizar la supervivencia de las bibliotecas. ¿Pero qué quedará de las bibliotecas públicas cuando ya no sean accesibles, en igualdad de condiciones, para todo el mundo?



[Séptima Imagen. “Una biblioteca pública consiste en”]

¿Qué es una biblioteca pública?

De hecho, la combinación de esta fase del capitalismo con el avance de internet y el negocio digital puede suponer, según Marcel Mars, que las bibliotecas públicas se conviertan en una especie en peligro de extinción y añade que “la mejor forma de preservar en toda su riqueza la construcción social de las bibliotecas públicas es luchar por los valores sobre los cuales hemos construido dicha institución: el acceso universal al conocimiento para toda la sociedad” (Mars, 2014)

Conocí el texto de Marcel Mars en una exposición, “Un saber realmente útil”, que se celebró en el Museo Nacional de Arte Reina Sofía (MNCARS) entre octubre de 2014 y febrero de 2015.

La visión de Mars me parece interesante cuando describe las bibliotecas públicas como “uno de los centros más importantes de la comunidad local, un servicio para los necesitados, un centro de cultura literaria y de educación informal de por vida, un lugar de encuentro e intercambio de conocimientos y habilidades para aficionados, entusiastas, personas de la tercera edad, jóvenes...” (2014). Pero Mars tiene una visión bastante pesimista y cree que como institución pública la biblioteca ya ha sido asesinada aunque su existencia sea cada vez más necesaria. Entonces, para preservar esos valores que la biblioteca representa y que necesitamos, él propone crear espacios libres en internet, al estilo de Memory of the World ⁹, en los que todas podamos ser bibliotecarias porque ¿En qué consiste una biblioteca pública? Bueno, creo que Mars se olvida aquí de algo fundamental que también son las bibliotecas: espacios de encuentro. Y como consecuencia olvida también que una parte fundamental de nuestro trabajo bibliotecario, imposible de realizar sin la colaboración de las lectoras, es la activación de las lecturas. Pero veo algo muy potente en ese:

“Cuando todas somos bibliotecarias
las bibliotecas están en todas partes”

⁹ <https://www.memoryoftheworld.org/>

Porque habla de la necesidad de establecer alianzas con nuestros públicos, de unirnos con otras profesionales que también tienen un compromiso con los servicios públicos y con los derechos de todas. También es muy potente, y una tarea de futuro, la creación de espacios libres en internet y el avance del acceso universal al conocimiento.

Pero “Un saber realmente útil”, la exposición, también me interesa porque plantea la importancia del arte como herramienta de conocimiento y como lugar para pensar e imaginar el futuro. El director del MNCARS, Manuel Borja-Villel definía así el proyecto en la introducción del catálogo;

Esta exposición parte de la base de la capacidad de las artes para restablecer una relación no mediada por el saber, para apoyar un pensamiento crítico y para trazar conexiones inesperadas, capaces de crear comunidades invisibles y nuevas experiencias de lo común y compartido. El discurso sobre el propio conocimiento, la gnoseología, en su compleja y en ocasiones hermética tautología, encuentra en la producción artística una valiosa herramienta, tanto ilustrativa como, muy especialmente, especulativa en sí misma. (Appelbaum et al., 2014)

No puedo separar mi visión de las bibliotecas y de su futuro sin la “contaminación” que he sufrido estos últimos cuatro años por el contacto con el mundo del arte, con la educación artística, con la investigación en arte y con los propios artistas.

Creo que el trabajo bibliotecario exige creatividad en mayor medida que “técnicas estadísticas” (por poner un ejemplo de instrumento asentado en nuestra área de conocimiento). Ha habido una gran preocupación para que la Biblioteconomía, o Bibliotecología, fuera incluida entre las ciencias. Este es un fenómeno similar al que se observa en otras áreas del conocimiento de las llamadas ciencias sociales y humanidades. Es como si la dignidad de nuestros saberes, y haceres, tuviera que estar avalada por unas prácticas científicas que tienen su origen y desarrollo en los campos de las ciencias puras. No vamos a entrar en la profundidad de ese debate pero si me gustaría dejar aquí algunas preguntas:

¿Qué reivindicamos cuando decimos que la Biblioteconomía es una ciencia?
¿Qué modelo de conocimiento reivindicamos cuando hablamos de ciencia?

Porque sin discutir aquí la cuestión del capitalismo académico en el que, por cierto, las bibliotecas universitarias estamos implicadas, con nuestras herramientas bibliométricas y nuestra experiencia con los índices de calidad,

¿No podría entenderse la ciencia, tal como ahora está impuesta en las instituciones, como una explotación económica y una violación sistemática de la naturaleza?

Ni el rigor va necesariamente unido al concepto de ciencia ni las ciencias puras o aplicadas son la única forma de conocimiento. El arte se presenta como un espacio más libre, más rico, con más complejidades a la hora de pensar el qué y el cómo de las bibliotecas y de su futuro.



[Octava Imagen. “Arma de instrucción masiva” (AIDM) de Raúl Lemesoff]

Somos armas (de instrucción) cargadas de futuro

Mi tesis es que las bibliotecas no deben perder su papel de defensoras de un acceso universal a la educación y a la cultura. Por supuesto eso incluye no sólo el derecho a la información sino el derecho a ser formados, alfabetizados en un sentido amplio, para que podamos ser conscientes de nuestras necesidades en cuanto a información se refiere.

Las bibliotecas, todas las bibliotecas que se toman en serio su papel, son “armas de instrucción masiva”. La de Raúl Lemesoff además se mueve pero las bibliotecas que ocupan una sede, un edificio o una parte de otra institución, también tienen maneras de salir de sus muros. Durante mucho tiempo lo han hecho creando unidades móviles¹⁰ o desplazando alguno de sus servicios a un jardín, a una piscina, a la orilla del mar, en las épocas del año en las que la gente está más tiempo al aire libre. Ahora contamos también con internet para crear colecciones que se pueden compartir a escala planetaria. Otra forma de expandir la biblioteca es que las bibliotecarias salgamos y nos acerquemos a otros lugares para dar apoyo a quienes necesitan herramientas de gestión de la información. Es lo que en el mundo académico se ha denominado *embedded librarian*. Una bibliotecaria que se integra en los equipos de investigación para aportar su experiencia en la búsqueda y gestión de la información.

En cualquier caso, las bibliotecas tienen un futuro que incluirá lo analógico y lo digital, lo virtual y lo presencial. Me gusta la metáfora informática que utiliza David Weinberger, codirector del Harvard Library Innovation Lab, para hablar de la “Biblioteca como Plataforma”. Este concepto procede del mundo de la informática y de un hecho concreto. En mayo de 2007 Facebook (De nuevo, enseguida las grandes palabras) permitió el acceso a sus datos técnicos (el acceso que ofrece

¹⁰ Desde hace mucho han existido los bibliobuses, los biblioburros, los bibliocamellos, los biblioelfantes, los bibliobarcos, las bibliobicis y toda una suerte de formas de desplazamiento utilizadas para transportar libros.

sobre nuestros hábitos y preferencias personales es otra historia) a programadores externos para que desarrollaran apps para aplicarlas en otros lugares. El hecho de que lo hicieran utilizando Facebook generó un mayor valor para esta red social.

Ahora bien “la biblioteca como plataforma” está más relacionada con las ideas de conocimiento y comunidad que con el desarrollo de software pero implica cuestiones digitales y analógicas para que nuestras instituciones:

- Estén abiertas a todo el mundo
- Den acceso a toda la información que poseen, incluidos los metadatos, para su uso y para la interacción social sobre ello.
- Permitan que se construyan nuevos productos y servicios por parte de cualquiera que tenga una idea.
- Integren todo lo que la biblioteca sabe dentro del ecosistema de la Red. (Weinberger, 2012)

Hay que tener en cuenta que las bibliotecas deben servir a una comunidad delimitada por cuestiones geográficas (una ciudad, una universidad) aunque también se crucen los “intereses comunes” que crean conjuntos entre distintas comunidades. Por eso no podemos perder de vista lo digital.

Por otro lado, quizá lo más importante es que la atención se ponga no tanto en ofrecer recursos como en fomentar la creación de recursos. Esto está relacionado con que “las bibliotecas están pasando de un modelo transaccional a modelos de asociación” (Mathews, Metko, & Tomlin, 2018) y eso significa que se convierten en intermediarias para crear conexiones entre el conocimiento y las herramientas y técnicas necesarias para elaborarlo y difundirlo.

“Laboratorios de experimentación, incubadoras de ideas y colaboradores esenciales en las tareas de enseñanza, aprendizaje e investigación” son algunas de las definiciones asociadas a nuevas formas de entender el trabajo bibliotecario. Es importante la idea de que las bibliotecas pueden acompañar a los lectores (estudiantes, investigadores pero también cualquier persona interesada en aprender) a lo largo de sus procesos, desde los estadios iniciales de formación hasta los más avanzados. Las bibliotecarias podemos convertirnos en “asesores personales de confianza para alumnos e investigadores noveles” (Arévalo, 2018), en un contexto académico o educativo, pero podemos tener el mismo papel en cualquier otra biblioteca.

Los estudios sobre las necesidades de los usuarios, como el informe Axiell sobre las bibliotecas públicas en el Reino Unido, destacan la importancia de que las bibliotecas sean capaces de crear experiencias al usuario y que los servicios estén cada vez más personalizados (Gómez-Hernández, 2018). En general, estos informes devuelven una imagen de las bibliotecas más cercanas a los centros culturales en donde los lectores encuentran, junto a las colecciones y el servicio de préstamos, espacios, tecnologías y apoyo/asesoramiento profesional para sus creaciones e investigaciones.



[Novena Imagen. Ranganathan]

Las leyes del deseo (bibliotecario)

Ya he avanzado antes la idea de que el futuro no solo tiene que ver con la temporalidad, ni con lo que imaginamos que vamos a hacer, sino con lo que hacemos ahora. Incluso con lo que ya ha se ha hecho. Mi idea de futuro se construye también relejendo el pasado.

Y me van a acompañar ahora a los años 30 del siglo pasado. Para las bibliotecarias que estén en la sala no será extraño el nombre de Shiyali Ramamrita Ranganathan. Es uno de los clásicos en las teorías biblioteconómicas. Cuando nació, en 1892, su país era una colonia que pertenecía al imperio británico. Ranganathan era, por esa razón, una de esas personas que no cuentan: racializado (es decir, no blanco) y súbdito de una metrópoli. Estudió matemáticas en Madrás y en esa universidad se hizo bibliotecario y recibió el encargo de organizar la biblioteca. De ahí su interés por la clasificación para poder organizar los documentos de una manera que los usuarios pudieran acercarse a ellos según sus materias de interés. Ranganathan creo la clasificación colonada que lleva su nombre y que yo estudié cuando me examiné para ser bibliotecario fascinado por su complejidad. La verdad es que actualmente recuerdo muy poco de esa clasificación. Bueno, en realidad confieso que no recuerdo mucho de ninguna otra, ni siquiera de la Clasificación Decimal Universal (CDU), creada por Paul Otlet y Henri La Fontaine, y publicada por primera vez en lengua francesa entre 1904 y 1907, a partir, del Sistema Dewey de clasificación (CDD) creado en 1876 por Melvil Dewey. Todas estas clasificaciones intentan ordenar el conocimiento humano en una estructura numérico-alfabética que sirve para que cualquier biblioteca generalista ordene sus fondos.

Pero no es de la clasificación colonada, o facetada, o de Ranganathan (por esos tres nombres se le conoce) de lo que quiero hablar sino de una obra anterior, publicada en 1931 que se llama *The five laws of librarianship*. Las cinco leyes de la Biblioteconomía. Esa obra le ha hecho universalmente famoso. Es difícil encontrar

a una bibliotecaria, en cualquier lugar del mundo, que no conozca esa formulación. Cuando Ranganathan las escribió ya estaban cargadas de futuro. Son cinco leyes sencillas, claras y que permiten un desarrollo adaptado a diferentes realidades y necesidades. Por eso tienen futuro.

1. Los libros están para usarse.
2. A cada lector su libro.
3. A cada libro su lector.
4. Hay que ahorrar tiempo al lector.
5. La biblioteca es un organismo en crecimiento.

“Los libros están para usarse” es algo que cualquier bibliotecaria tiene tatuado en alguna parte fácilmente visible. Es algo que no debemos olvidar jamás porque todo lo que hacemos tiene que ver con dar un servicio para quienes puedan estar interesadas. Los grandes depósitos de libros a los que nadie puede acceder no son una biblioteca. Podríamos llamarlo archivo o almacén pero si nadie puede consultarlo no es una biblioteca. Por supuesto que hay fondos que por su valor o fragilidad no están disponibles para un uso intensivo pero, de alguna manera, incluso esos libros preciados, ya sea a través de la digitalización o de la consulta puntual y vigilada, deben ser accesibles.

Quizá podríamos cambiar libro por documento, pero sus leyes siguen funcionando y nos recuerdan que debemos pensar en las lectoras, en las usuarias, en el público, en la gente, porque solo ellas dan sentido a las colecciones.

“A cada lector su libro” porque las personas que se acercan a la biblioteca tienen deseos y necesidades concretas, específicas, suyas. Porque no todas somos iguales, ni tenemos las mismas necesidades. Es parte de nuestro trabajo normalizar, clasificar, segmentar pero, a la hora de la verdad, lo importante es que cada persona merece un trato especial.

“A cada libro su lector” porque no podemos esperar a que se produzcan esos encuentros mágicos sin hacer nada. El libre acceso a los fondos es fundamental y debemos propiciar el ambiente necesario para que cada cual se maneje libremente por la biblioteca. Pero también debemos ser proactivas y ayudar a que se visibilicen los documentos ocultos o a que el público repare en lo que está ahí delante y nadie ve. Debemos convertirnos en activadoras de lecturas. Tan importante es adquirir documentos seleccionados por la biblioteca o sugeridos por las lectoras como diseñar actividades que hagan esas colecciones más visibles y apetecibles¹¹.

“Hay que ahorrar tiempo al lector”. No podemos ensimismarnos en nuestras técnicas, en nuestro lenguaje profesional, en nuestros códigos internos. La gente no viene a la biblioteca para aprender cómo hacemos nosotras las cosas. En todo

¹¹ En la Biblioteca de la Facultad de Bellas utilizamos una herramienta, “Adquisiciones comisariadas” para conseguir que lo que adquirimos nuevo, pero también lo que ya está en nuestra colección, tenga un mayor efecto en nuestras usuarias. Se puede consultar en qué consisten y alguna experiencia concreta aquí: <https://eprints.ucm.es/39123/>

caso, necesitan saber cómo funcionan la creación, y el flujo de la información, más allá de nuestros muros y ahí tenemos un papel educativo que no podemos obviar. Pero cuando alguien entra por la puerta de la biblioteca, o se conecta a su web, todo debe estar pensado para que encuentre lo que necesita sin necesidad de un “pequeño máster” y sin que tenga que rellenar un expediente para solicitar una consulta.

“La biblioteca es un organismo en crecimiento”. Esto no sólo se refiere a que debemos tener en cuenta el crecimiento de las colecciones (para no estar limitadas antes de tiempo) o a que los espacios necesitan cierta versatilidad (para adaptarse a nuevos usos). Toda la biblioteca (colecciones, servicios, espacios y el propio trabajo de las bibliotecarias) tiene que cambiar en la medida en que cambian las necesidades y los deseos de quienes se acercan a ellas. “La biblioteca es un organismo en crecimiento”, es decir, un(os) cuerpo(s) vivo(s). Y ¿qué es un cuerpo? Quizás es solamente a través de este interrogante como podemos establecer una distancia que permita explorar otras posibilidades, tanto retóricas como vivenciales, para nuestras bibliotecas.

Volver a la biblioteca como algo incierto, pensarla como una materia cambiante, como un cuerpo performativo, es necesario para desarticularla como un cuerpo hegemónico y normativo de conocimiento. De este modo, es imprescindible repensar constantemente sus políticas, sus esquemas de relaciones con el contexto, así como los sistemas de poder que la vertebran y sostienen, abriéndola a los públicos. No solo para que la biblioteca adquiera los documentos que piden, sino para que las lectoras afecten a su configuración, a su organización, a la manera que tenemos las bibliotecarias de trabajar con los materiales y de hacerlos accesibles. La biblioteca sería así un lugar de roce, de impureza.

Para que la biblioteca pueda funcionar como un dispositivo que nos permita cuestionar la legitimidad de su cuerpo de saber, que abra poros y dudas, debe servirse de estrategias que, lejos de cosificar la alteridad, recojan su capacidad para producir diferencia. De esta manera, configurar la biblioteca como un cuerpo polifónico implica también incluir en sus colecciones documentos que hasta hace un tiempo no muy lejano eran considerados como “indeseados”, “desechados”, vistos como “no libros” y, por lo tanto, ajenos a los afanes bibliotecarios de crear colección.

Pero las bibliotecas no solo deben recopilar documentos que recogen el conocimiento o las creaciones artísticas, sino que deben ser ellas mismas lugares en los que se cree y en donde se generen aprendizajes desde el hacer. De este modo la biblioteca funcionaría como canal potenciador para la existencia de saberes no canónicos que se recogen en formatos no necesariamente normalizados y que se distribuyen por canales que no siempre coinciden con los habituales: librerías, grandes distribuidores, grandes editoriales.

Las colecciones son espejos de lo que pasa en las bibliotecas con sus lectoras, de lo que las lectoras hacen que pase. Es parte de nuestro trabajo como bibliotecarias que su entrada en las estanterías y en los catálogos obedezca a una manera de entender la biblioteca como un lugar abierto a públicos y usos diversos. Generar

duda, producir diferencia, es una actitud que debe impregnar nuestras maneras de hacer la biblioteca, para poder ser, finalmente, un cuerpo sembrado dudas.



[Décima Imagen. El futuro ya está aquí]

El futuro ya está aquí

*Si tú me quisieras escuchar,
me prestaras atención,
te diría lo que ocurrió
al pasar por la Puerta del Sol.*

*Yo vi a la gente joven andar
con tal aire de seguridad
que en un momento comprendí
que el futuro ya está aquí.*

*Y yo caí enamorado de la moda juvenil,
de los precios y rebajas que yo vi
enamorado de ti.
Sí, yo caí enamorado de la moda juvenil,
de los chicos, de las chicas, de los maniquís
enamorado de ti.*

"Enamorado de la moda juvenil". Radio Futura, 1980

He puesto como título de este apartado, que ya nos acerca al final, un verso de una canción de Radio Futura, un grupo español de los 80, con el que bailábamos y sentíamos que, efectivamente, habíamos llegado a la modernidad, al futuro.

No he parado de hablar de lo que las bibliotecarias tenemos que hacer para que nuestro ahora sea futuro y eso nos lleva directamente a cómo debemos formarnos, cómo debemos afrontar nuestro trabajo. ¿Qué tipo de profesión es la nuestra? Hay un libro, publicado aquí, en Argentina, *El Futuro bibliotecario* de Roberto Casazza, con el que he estado dialogando y discutiendo mientras pensaba y escribía esta conferencia.

Casazza hace un interesante repaso de la historia de las bibliotecas para llegar a la conclusión de que “sólo en una etapa muy reciente la tarea del bibliotecario se convirtió en una tarea más bien técnica escindida de la búsqueda del conocimiento en sí mismo” (Casazza, 2012, p. 29). Coincido con esa visión que nos sitúa más en el ámbito del conocimiento que en el de la información. Nos veo más como cómplices de las investigaciones (también las niñas, las trabajadoras, las jóvenes y las jubiladas investigan) que como técnicas que se limitan a controlar la catalogación, indización y clasificación de los documentos.

Casazza denuncia un peligro, que comparto, en crear un tipo de bibliotecaria instrumental que, consecuentemente, “concibe a la propia biblioteca como *medio* (en lugar de hacerlo como *recurso*), y en su correlato empírico suele darse acompañada de una restricción en su acceso sólo para quienes puedan acreditar que el trabajo a ser realizado tiene un *fin*, concepto desde luego funcional a la noción de *medio*” (Casazza, 2012, p. 69). Veo ese análisis de Casazza muy en relación con la compartimentación de públicos que hace que imaginemos bibliotecas cerradas para según que gente. Y hay otro peligro, que este autor denuncia, y que afecta a la formación de todas las profesionales en nuestros días, y es el de creer que debemos educar a las bibliotecarias en función de las necesidades presentes cuando lo que necesitamos es pensar en el futuro.

También me gusta cuando, citando a Dewey, dice que “La biblioteca es una escuela (...) el visitante tiene la misma relación con los libros que el trabajador manual tiene con las herramientas” (Casazza, 2012, p. 77) o cuando habla de la importancia de que las bibliotecas se mezclen con otros saberes y de lo que otras disciplinas aportan a la Biblioteconomía (Casazza, 2012, pp. 80-81)

Pero también me urge un deseo de discutir con Casazza sobre su idea de “humanismo” que, me parece, es muy complaciente con la tradición occidental. Como si partiéramos de logros o hitos inaccesibles a otras culturas y ya “superados” por nosotras. Para aceptar esa “renovación humanista de la tarea bibliotecaria” creo necesario un análisis crítico del humanismo y de la propia cultura occidental. Muchos de los ideales que damos por piezas acabadas, que debemos proteger, no llegaron a existir. La democracia griega se sustentaba en los esclavos, en las mujeres carentes de derechos, en los metecos. De igual modo el humanismo renacentista y la ilustración dieciochesca sirvieron como armas intelectuales para la expansión del capitalismo y del imperialismo colonial.

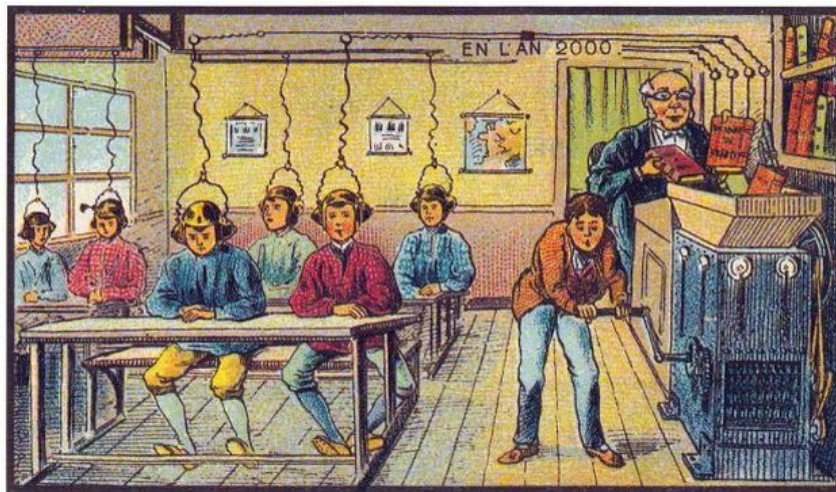
No reniego de nuestra tradición intelectual, de la que soy hija, pero coincido con Marina Garcés en rescatar el espíritu y el deseo de saber, de preguntarnos, de cuestionar las verdades, para hacer posible una “nueva ilustración radical” que nos permita conjugar incredulidad y confianza (Garcés, 2017). Algo que me parece profunda y radicalmente bibliotecario: conjugar incredulidad y confianza.

Roberto Casazza habla también en su libro de cómo los espacios físicos que albergan las bibliotecas han expresado, a través de las formas, el ideal de conocimiento de cada época. Aunque las mismas formas puedan expresar cosas distintas. Como la antigua sala de lectura de la British Library, en la que Marx se sentaba a estudiar y a escribir, que en su redondez permite abarcar con la vista

todo el saber ordenado, clasificado, para que las investigadoras (en esa época solamente investigadores) se orientaran en sus búsquedas. Mientras que la sala redonda de acceso en la Biblioteca Pública de Estocolmo representa un espacio de acogida para cualquiera que quiera traspasar la puerta. O la biblioteca de Aby Warburg que reúne los libros a partir de imágenes de obras de arte colocadas en un panel redondo.

También es interesante señalar que en pleno triunfo de lo digital la arquitectura bibliotecaria haya tenido un renacer con edificios emblemáticos como la Mediateca de Sendai, del arquitecto Toyo Ito (inaugurada en 2001) o la Biblioteca Pública de Seattle, de Rem Koolhaas (inaugurada en 2004).

Se puede hacer un análisis de cómo se han entendido las bibliotecas, y de lo que han representado para la sociedad, a partir de su materialización en edificios. Es lo que hace Daniel Gil Solés en un estudio que parece constatar que el futuro nos conduce a la desmaterialización de las bibliotecas (2017).



El aprendizaje en la escuela del año 2000 (postal de Jean Marc Côté dibujada a finales del s. XIX)
[Décimoprimer imagen. La historia del futuro]

Regresemos del futuro que se nos quema el asado

A veces conviene acudir a la historia para desdramatizar o relativizar nuestro presente. Hacer una historia del futuro nos sirve para ver cómo se imaginaban nuestra época en el siglo XIX, por ejemplo, y eso nos ayuda a ver qué grado de fantasía puede llegar a haber en nuestras proyecciones. Es verdad que los aparatos y artilugios han entrado a formar parte de la vida diaria en las aulas (y fuera de ellas) pero todavía no hemos logrado inventar “la ciencia infusa” que pronosticaba esta tarjeta.

Sabemos que nos vamos a confundir en muchas cosas al imaginar el futuro de las bibliotecas pero creo que es necesario equivocarse y que debemos hacerlo con rigor y alegría. Con esa seriedad que nos enseñan las niñas cuando observamos sus juegos. También con una visión comprometida y política.

Creo que en el futuro las bibliotecas seguirán siendo líderes en poner a disposición de las personas recursos y espacios libres. De hecho son pioneras en compartir porque las colecciones de las bibliotecas públicas son de todas, están pagadas entre todas. Sus espacios, la tecnología que ofrecen, las colecciones... Todo se comparte. ¡Y gratis! Necesitan, por supuesto, cambiar y adaptarse para alinearse con el intercambio de servicios que promueven el bien social. Nos veo en la red pero también en el barrio. Ruidosas y con espacios de silencio. Lugares de paz, de acogida, de tranquilidad, de desconexión pero también de reflexión.

Me gustaría terminar con una cita de un libro de los años 30 del siglo XX. Son los diarios de la Biblioteca Popular Pere Vila, en Barcelona, que se inauguró en 1933 en el marco de la ambiciosa política bibliotecaria de la Segunda República española. Era costumbre que las bibliotecarias escribieran un diario anotando las cosas del día a día. A veces con una sola línea, otras con más desarrollo, en estos diarios desfilan anécdotas y preocupaciones profesionales que resultan de una gran actualidad.

Los diarios están escritos en catalán y yo me he permitido traducir esta entrada del 6 de agosto de 1937, cuando la guerra civil ya llevaba un año cobrándose vidas y comprometiendo el futuro de mi país de una manera que ha llegado hasta nuestros días. El texto dice:

Esta mañana a cuatro muchachos de unos catorce años, que no paraban de mirar Piruletas, Gato Periquito, y otras cosas por el estilo, les he dado a uno [un libro sobre] la manera de fabricar el vidrio, a otro uno de zoología (pequeño resumen) y a los dos restantes una novela de J. Verne a uno y "Sin patria" de J. Spiry al otro.

Antes, cuando miraban aquellas láminas se reían mucho, después se han puesto serios. No sé si he hecho bien o mal. (Pereza & Pomares, 2015, p. 115)

Queridas, esta duda me resulta profundamente bibliotecaria y cargada de futuro.

Muchas gracias,

Bibliografía

ACRL Research Planning and Review Committee. (2018). 2018 top trends in academic libraries: A review of the trends and issues affecting academic libraries in higher education | Research Planning and Review Committee | College & Research Libraries News. Recuperado de <https://crln.acrl.org/index.php/crlnews/article/view/17001/18750>

- Appelbaum, J., Camnitzer, L. 1937-, Chto Delat? (Grupo de artistas), Deneault, A., Garcés, M., Germaná, G., ... What, H. and F. W. (WHW) (Organización). (2014). *Un saber realmente útil: [exposición] : Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, 28 de octubre de 2014 - 9 de febrero de 2015*. Madrid: MNCARS.
- Arévalo, J. A. (2018, junio 10). Bibliotecarios asesores personales de confianza de alumnos e investigadores noveles. Recuperado 16 de junio de 2018, de <https://universoabierto.org/2018/06/10/bibliotecarios-asesores-personales-de-confianza-de-alumnos-e-investigadores/>
- Casazza, R. (2012). *El futuro bibliotecario: hacia una renovación del ideal humanista en la tarea bibliotecaria* (2ª ed.). Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Cualquier práctica artística es el futuro. Entrevista a Chus Martínez. (2018, febrero 19). Recuperado 6 de septiembre de 2018, de <http://a-desk.org/magazine/cualquier-practica-artistica-futuro-entrevista-chus-martinez/>
- Didi-Huberman, G. (2012). *Supervivencia de las luciérnagas*. Madrid: Abada.
- Garcés, M. (2017). *Nueva ilustración radical* (2a. ed.). Barcelona: Anagrama.
- Gómez-Hernández, J.-A. (2018). Las necesidades de los usuarios y la biblioteca del futuro: reseña del informe de Axiel 2015. *Anuario ThinkEPI*, 12(0), 155-156. <https://doi.org/10.3145/thinkepi.2018.17>
- IFLA Trend Report -- Update 2018. (2018). Recuperado 7 de septiembre de 2018, de <https://trends.ifla.org/update-2018>
- Insúa, Lila, & Plaza, N. (2013). *Civiles. Bibliotecas habladas*.
- Mars, M. (2014). Biblioteca pública. En *Un saber realmente útil* (pp. 162-169). Madrid: MNCARS.

- Mathews, B., Metko, S., & Tomlin, P. (2018). Empowerment, Experimentation, Engagement: Embracing Partnership Models in Libraries. Recuperado 16 de junio de 2018, de <https://er.educause.edu/articles/2018/5/empowerment-experimentation-engagement-embracing-partnership-models-in-libraries>
- Pasolini, P. P. (1975). El vacío del poder. *Corriere della Sera*. Recuperado de <http://www.elcorreo.eu.org/Pier-Paolo-Pasolini-El-vacio-del-poder-o-El-articulo-de-las-luciernagas?lang=fr>
- Pérez Iglesias, J. (2018). Ubik no se acaba nunca: diario de un bibliotecario residente. Recuperado de <https://biblioteca.ucm.es/BUCM/blogs/boletinbibliotecario/12660.php>
- Pereza, E., & Pomares, S. (2015). *Les bibliotecàries: diari de la Biblioteca Popular Pere Vila 1933-1939* (1ª ed.). Barcelona: Morsa.
- SBIRES. (2014, julio 31). Center for the Future of Libraries [Text]. Recuperado 29 de agosto de 2018, de <http://www.ala.org/tools/future>
- Servet, M. (2012, mayo 23). Bibliotecas, tercer lugar. Recuperado 7 de septiembre de 2018, de <https://bibliotecas2029.wordpress.com/2012/05/23/tercer-lugar/>
- Solés, D. G. (2017). Del templo simbólico a la desmaterialización: un recorrido por la arquitectura bibliotecaria del siglo XX al XXI. *BiD: textos universitaris de biblioteconomia i documentació*, (38).
- Weinberger, D. (2012, septiembre 4). Library as Platform. Recuperado 16 de junio de 2018, de <https://lj.libraryjournal.com/2012/09/future-of-libraries/by-david-weinberger/>